

Otro atentado

Una más, y, desde luego, no será el último. Esta vez el agredido lo fué el señor Rolando Masferrer, jefe supremo de la organización M. S. R., a quien se le atribuyen, por los integrantes de otro equipo, también de acción, que usa las siglas U. I. A., la paternidad o la dirección intelectual de los últimos atentados en que perecieron miembros o simpatizadores de este último.

El señor Masferrer, que es representante a la Cámara, salió de este cuerpo, alrededor de las 8 de la noche, para dirigirse a su automóvil, situado en la zona de estacionamiento del Capitolio que tiene acceso por la calle de Industria, cuando, según las actuaciones policíacas, sobre él se concentró una granizada de balas. Sus enemigos rondaban aquellos alrededores bien advertidos de que la "caza" estaba a tiro y que de un momento a otro quedaría saldada una nueva vendetta. Pero, por esta vez, el señor Masferrer tuvo la fortuna de salir ileso, a despecho de que un examen ulterior de su automóvil demostró que en su estructura de metal había una veintena de perforaciones.

No tuvo igual suerte, sin embargo, el señor José Antonio Varona y Alonso, a quien una bala le destrozó la frente, haciéndolo engrosar la extensa lista de "ajusticiados" por ese Moloch insaciable que devora a sus propios hijos y que se hace llamar "Revolución".

Cuatro personas más recibieron heridas: el chofer del representante agredido, nombrado Alonso Jiménez, a quien alcanzaron varios fragmentos del cristal del parabrisas, roto por el impacto de las balas, un policía de la Cámara: Hermenegildo Cárdenas, al que los atacantes derribaron primero y golpearon, después, para que no obstaculizara sus planes, Manuel Méndez Marín y José Antonio Cremet. Este último se cree perteneciera al grupo de los agresores.

Quiere decir que la guerra de las pandillas sigue su curso, y que las autoridades, a raíz de cada atentado y de cada cosecha de nuevas víctimas, llegan al lugar de los hechos, inspeccionan el escenario regado con los casquillos y la sangre

de los ajusticiados y anuncian que "va están sobre la pista". El señor Caramazza visita al jefe del Estado para informarle de lo ocurrido. Los dirigentes de las organizaciones rivales publican sendas alocuciones, diciendo cuáles son los autores del atentado y advirtiéndolo, a la vez —cada uno por su turno— que vengarán sus muertes y "ajusticiarán" a los otros. Y a esperar unos días o unas semanas —según pinte la cosa—, hasta que efectivamente, el grupo que perdió dos miembros en la última balacera, caza y fulmina, con similar impunidad, a otros dos integrantes del grupo contrario.

No se puede esperar un remedio definitivo a esta cacería inhumana, a este metódico ametrallamiento de hombres que se describen a sí mismos como líderes de una empresa de reivindicación nacional que persigue, nada menos que el perfeccionamiento de la vida cubana! Es imposible llevar la cuenta exacta de los crímenes alternativos, de las bajas feroces que estas organizaciones armadas se hacen por turno con el afán inútil de exterminarse las unas a las otras.

La policía no puede ser un instrumento idóneo de represión ni

una garantía del orden público porque en esa misma policía, según aseveran los grupos en guerra, hay agentes que están inscriptos o de alguna forma asociados a ellos. Por turno, hay, según parece, policías que al amparo del uniforme, persiguen y hasta liquidan, en nombre de la ley, a los elementos del bando opuesto.

Y lo aterrador es que estos combates, estas balaceras, estas "ejecuciones" se escenifican en cualquier parte: lo mismo en las afueras de la ciudad, que en el corazón de la urbe. Unas veces el tiroteo se registra en una harríada residencial, como cuando el suceso de Orfila; otras veces, en la propia Universidad, como cuando perdió la vida un profesor universitario. Un día frente a un cine, en calle muy céntrica, con los transeúntes discutiendo pacíficamente por las aceras, cae fulminado un líder de la FEU; otro día, en la Calzada de Ayestarán, scribillan los cuerpos de tres personas —una de ellas una mujer— en nombre de la justicia revolucionaria.

¿Qué sanción tienen estos crímenes? ¿Qué pericia investigadora o que eficiencia represiva tienen los muchos cuerpos que el pueblo

paga, que gravitan sobre la nómina, que llevan un arma al cinto y que al mismo tiempo que atrapan en unas pocas horas al estero que se lleva un reloj, o al borracho que le asesta un navajazo a otro borracho en una ríña, no logran nunca echarle el guante a pistoleros más populares que los artistas del cine, que andan por La Habana impunemente en vehículos cruzados de ametralladoras, que tienen sus escondites en sitio seguro y que son mencionados una y otra vez en los periódicos y por la radio?

Cualquier señor que critique a la Policía puede ser localizado y conducido a presencia del Jefe; pero todo el cuerpo, con el propio jefe a la cabeza, no logra atrapar a media docena de personas que hace seis años siembran el terror en la capital y frecuentan sin precauciones las calles de la urbe como si estuvieran seguros de que nadie se atreverá a molestarlos.

Es cuestión de espera. No pasarán muchos días sin que otro atentado se produzca. Y lo grave no es que se exterminen poco a poco los voluntarios combatientes, sino que, en la mayoría de los casos, antes de que una vendetta se cumpla, han sido sacrificados dos o tres inocentes.